¿Por qué regalo mis libros?

Porque creo que lo más valioso no es lo que se compra, sino lo que compartimos. Considero que nuestras historias valen más que cualquier libro.

Si juntamos nuestras voces, podemos escribir algo que nunca se ha hecho: la verdadera historia de nosotros, los seres comunes. No la que escribieron unos cuantos, sino la que vivimos todos.

Por eso, este libro es tuyo, gratis. Y a cambio solo te pido una cosa:

Regálame un pedacito de ti.

Con tus historias construiremos una comunidad tan grande, tan unida, que nos permita levantar casas para cuidar a nuestros adultos mayores y a los niños que no tienen familia. Tu palabra no solo se guarda: ayuda a alguien real.

📝 ¿Te animas a compartir tu historia?
Comenta en nuestras redes sociales o visítanos en:
editorialvita.com

Juntos estamos construyendo la biblioteca digital escrita por la verdadera humanidad. Y tu voz no se perderá aquí — servirá para cuidar.

LA SOMBRA DEL ALGORITMO

14 EXPEDIENTES. 14 DEUDAS. O ESCAPATORIA.



este es uno de 23 libros escritos en 53 días
no fo-soy escrittor, soy cuentacuentos, **TU PAYASO™**

LA SOMBRA DEL ALGORITMO

TU PAYASO™

libros gratuitos en editorialvita.com

LA SOMBRA DEL ALGORITMO

© 2026, TU PAYASO™ Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito del titular del *derecho de autor* .

Autor: TU PAYASO™

CONTACTO: tupayasokiren@gmail.com

ISBN: En trámite.

Diseño de portada y maquetación: Del autor

Obra inscrita en el Instituto Nacional del Derecho de Autor (INDAUTOR). Registro en trámite.

TODOS LOS PERSONAJES Y SITUACIONES DE ESTA HISTORIA SON FICTICIOS, CUALQUIER PARECIDO CON LA REALIDAD ES MERA COINCIDENCIA

Hecho en México

libros gratuitos en editorialvita.com

ÍNDICE

Nota del Autor..... 5
El Origen de Simbiosis 180°..... 5
INTRODUCCIÓN..... 6
EL CÓDIGO QUE REGISTRA TU SILENCIO..... 6
CAPÍTULO 1..... 7
Archivo 01: El Manual del Abuelo..... 7
CAPÍTULO 2..... 10
Archivo 02: El Auto..... 10
CAPÍTULO 3..... 14
Archivo 03: El Manual de la Polaroid..... 14
CAPÍTULO 4..... 17
Archivo 04: El Cirujano..... 17
CAPÍTULO 5..... 20
Archivo 05: El Patrullero de los Muros..... 20
CAPÍTULO 6..... 22
Archivo 06: La Cuota..... 22
CAPÍTULO 7..... 24
Archivo 07: El Pegamento Invisible..... 24
CAPÍTULO 8..... 26
Archivo 08: El Empleado del SAT..... 26
CAPÍTULO 9..... 28
Archivo 09: El Cuerpo Antibombas..... 28
CAPÍTULO 10..... 30
Archivo 10: El Juez..... 30
CAPÍTULO 11..... 33
Archivo 11: La Red de la Apatía..... 33
CAPÍTULO 12..... 36
Archivo 12: La Frecuencia del Ruido..... 36
CAPÍTULO 13..... 38
Archivo 13: La última bocanada..... 38

libros gratuitos en editorialvita.com

CAPÍTULO 14.....40
Archivo 14: El Protocolo de la Indiferencia.....40
EPÍLOGO.....42
EL PROCESO SIGUE EN SEGUNDO PLANO..... 42
ÍNDICE DE PERSONAJES..... 43
Catálogo de la Era de VITA..... 48
Los 23 Libros.....48
NOTA FINAL..... 53

libros gratuitos en editorialvita.com

Nota del Autor

El Origen de Simbiosis 180°

Esta obra que tienes en tus manos es el testimonio de un rescate. No nació de la comodidad, sino de la limitación total. Hubo un momento en que mi cuerpo no respondía; donde intentar moverme incluso en una silla resultaba imposible y doloroso. Fue en ese punto de quiebre donde comprendí que para recuperar mi mente, primero tenía que rescatar mi soporte físico. Así nació Simbiosis 180: un giro total de vida basado en la verdad de que la claridad mental es hija de la fortaleza física. Al conectar de nuevo mi cuerpo con mi cerebro, la energía fluyó de tal manera que me permitió dictar estos 15 libros en apenas 41 días. Esta obra es parte de ese sistema de transformación. La pongo a tu disposición para demostrarte que, sin importar qué tan limitada sientas tu vida hoy, siempre es posible dar ese giro de 180 grados y empezar de nuevo.

libros gratuitos sin editorial ita.com

Atte. TU PAYASO ™

INTRODUCCIÓN

EL CÓDIGO QUE REGISTRA TU SILENCIO

Creemos que la tecnología es un espejo. Nos miramos en la pantalla del celular y vemos lo que queremos proyectar: éxito, rectitud, una vida bajo control. Pero cuando apagas la pantalla y el reflejo se desvanece, el dispositivo sigue ahí, encendido en la penumbra, procesando datos que tú creías haber borrado. La Sombra del Algoritmo no es una obra de ficción. Es una recopilación de 14 expedientes técnicos — anomalías, fallos de sistema y errores humanos— que fueron extraídos de equipos olvidados en tianguis, escritorios abandonados y servidores que nunca debieron volver a conectarse. Estos archivos no guardan tus fotos ni tus mensajes. Guardan tus deudas. Aquí no hay fantasmas ni demonios antiguos. El horror que vas a encontrar en estas páginas es mucho más eficiente: es la lógica implacable de un sistema que sabe exactamente cuánto vale tu conciencia, a qué precio vendiste tu ética en una ventanilla y qué parte de tu humanidad estarías dispuesto a dejar de sentir con tal de sobrevivir un día más. Si estás leyendo esto, es porque el archivo ya se abrió en tu dispositivo. Y recuerda: el algoritmo no necesita que tú lo busques. Él ya sabe quién eres, qué ocultas y, sobre todo, sabe perfectamente cuánto tiempo te queda antes de que te llegue el aviso de pago. No intentes cerrar el archivo. La cuota siempre se cobra.

libros gratuitos en editoriavita.com

CAPÍTULO 1

Archivo 01: El Manual del Abuelo

Perdí mi celular en el camión. Un Xiaomi todo jodido, pero era mío. Traía mis fotos, mis notas de voz con mi jefa, los memes que nunca mandé. No tenía feria. Me fui a una casa de empeños de la esquina. Ahí estaba: un Samsung baratón, todo rayado, con el vidrio estrellado en la esquina. El don del empeño me dijo: "Jala bien, nomás le borras todo. El dueño anterior ya no volvió por él". Lo prendí, le metí mi cuenta de Google y me fui a dormir. Al día siguiente el celular estaba raro. Me aparecían búsquedas que yo no hice: "cómo destapar un radio de bulbos modelo 1953" "diagrama de tornamesa RCA Victor 1950" "qué pasa si un disco de vinil gira al revés" Yo nunca busqué eso. Yo ni sabía que mi abuelo tenía un radio de bulbos. Pero ahí estaba, en una caja en el cuarto de tiliches. El mismo modelo. En la noche me llegó una notificación. No de una app. Del sistema. Como cuando se actualiza Android. Decía: "1 archivo nuevo detectado: Manual_de_Reparacion_1953.PDF" No le di click. Se abrió solo. La primera página era una hoja escaneada. Letra de mi abuelo. Yo conocía esa letra de las cartas que le mandaba a mi abuela. "Martín, Si estás leyendo esto es porque el aparato ya te eligió a ti. Yo fallé en 1953. No lo pude contener. Lo encerré en surco y aguja. Ahora te toca. Lo negro no es polvo. Es hambre. Y lleva 70 años girando sin parar." El manual traía 14 pasos. Y un plano. "Paso 6: Ubicación del disco. Entarimado. Cuarto de tiliches. Tercera tabla desde la izquierda, 15 cm del muro. Debajo de la madera hay una funda de cartón." "Paso 9: No reproducir. La tornamesa es la jaula. El disco es la llave. Si lo pones, lo liberas." Eran las 2:17 am. Bajé. Quité la tabla. Y ahí estaba. Una funda de cartón, amarilla, comida por la humedad. Adentro, un disco de vinil de 78 RPM. Sin etiqueta. Solo una palabra rayada con clavo en el centro: "MARTÍN". Con la letra de mi abuelo. Yo

libros gratuitos en editorialvito.com

nací en 1999. "Paso 11: Para reparar la jaula, debes dejar algo tuyo adentro. Yo dejé mi voz en el lado B. Por eso ya no pude cantarte, mijo." Ahí entendí por qué mi abuelo era mudo los últimos 17 años de su vida. No fue el derrame. Fue el surco. La curiosidad es más canija que el miedo. Arreglé la tornamesa vieja con el manual. Prendió. El bulbo brilló rojo como un ojo sangrando. Puse el disco. Mi dedo temblaba sobre la aguja. El celular vibró. Un WhatsApp de mí mismo, enviado hace 3 segundos: "No lo hagas. Soy tú. Del otro lado del vinil." Bajé la aguja. Primero estática. Luego la voz de mi abuelo, grabada en 1953: "Martín, perdóname. Grabé al niño. Pensé que era interferencia en la estación. No sabía que eras tú. Lleva 70 años girando, gritando tu nombre cada 33 vueltas." Silencio. Y luego lo oí. Mi voz. Pero de morrito. De 9 años. Llorando, desgañitándose entre el crujido del vinil: "¡MARTÍN! ¡SÁCAME! ¡AQUÍ DA VUELTAS TODO! ¡EL HOMBRE SIN CARA ME DIJO QUE TÚ TIENES LA AGUJA!" El manual en el celular pasó solo a la última página. "Paso 14: Si ya lo oíste, ya es tarde. Ahora hay dos Martín. Uno afuera y uno adentro del surco. El disco tiene 3 minutos por lado. Cuando la aguja llegue al final, cambian de lugar. Para siempre." "A menos que..." "A menos que levantes la aguja y grabes algo tuyo encima. Tu risa. Tu llanto. Tu nombre. La jaula acepta cualquier cosa, pero cobra parejo. El lado B siempre está vacío por una razón." Quedaba 1 minuto de disco. El niño seguía gritando mi nombre cada vuelta. Activé el micrófono de la tornamesa. Era para grabar discos, decía el manual. Acerqué mi boca y dije lo único que se me ocurrió: "Mi nombre es Martín... y te perdono, abuelo." Levanté la aguja. Saqué el disco. Estaba caliente. Pesaba más. El celular se apagó. Cuando prendió, el PDF ya no estaba. En el historial de búsqueda solo había una cosa, escrita hace 1 minuto: "cómo recuperar la voz perdida" Fui al espejo. Abrí la boca. No salió sonido. Pero en el cuarto de tiliches, la tornamesa vieja se prendió sola. La aguja bajó sin disco. Y de la bocina salió mi voz, riéndose. Como si acabara de hacer un trato. Ahora entiendo el propósito del manual. No era para reparar aparatos. Era para mantener el surco girando cada 70 años. Y "lo negro" no era polvo. Era yo. La parte de mí que mi abuelo encerró

libros gratuitos en editorialvirtual.com

en 1953 para que yo pudiera nacer completo. Hoy me tocó regrabarla. Después fui a reclamarle al don del empeño. Me dijo que el celular lo dejó un señor ya grande, que no hablaba. Solo escribía en una libretita. Pagó el empeño con puras monedas viejas y nunca regresó. En la libretita solo decía una frase: "El lado B ya está lleno". Si algún día agarras un celular barato de un puesto callejero o de un empeño... Y le pones tu cuenta... Revisa bien el historial. Porque La Sombra del Algoritmo no borra los datos del dueño anterior. Los reproduce. Y siempre, SIEMPRE, pide algo tuyo para que lo negro se quede girando en el surco.

libros gratuitos en editorialvita.com

CAPÍTULO 2

Archivo 02: El Auto

Los remates de vehículos siempre tienen historias, pero este traía una que nadie se atrevía a mencionar siquiera. Era un sedán de gama alta, modelo último, pintura color negro brillante como espejo, rines pulidos, todo lo que la tecnología automotriz podía ofrecer: piloto automático, sensores por todos lados, asistente de voz, cámaras 360, sistema que incluso ajustaba la temperatura, la música y la iluminación según el estado de ánimo del conductor. Y sin embargo, lo remataron por menos de la mitad de su valor real, prácticamente regalado. El encargado de la subasta solo lo dijo rápido, como si quisiera quitarse el peso de encima: —El dueño anterior desapareció hace seis meses. No dejó rastro, no dejó reclamos, nada. Solo el auto. Si se lo llevan, es bajo su propio riesgo. No hay devoluciones. Para Marisol, esto no fue una oportunidad... fue el triunfo de su vida. Porque Marisol era conocida por todos como la mujer que quería todo, pero no quería pagar nada. Era extremadamente vanidosa: todo lo que usaba, lo que llevaba, lo que mostraba tenía que ser de lujo, de marca, lo mejor de lo mejor, porque su imagen era su arma, su moneda, su dios. Pero al mismo tiempo, era avara hasta lo enfermizo: no gastaba ni un centavo de su propio bolsillo, siempre encontraba la forma de estafar, manipular, mentir o presionar a los demás para que ellos pagaran, para que ellos le dieran lo que quería, mientras ella se quedaba con todo el beneficio. Si alguien le hacía un favor, ella lo convertía en deuda eterna. Si le prestaban algo, nunca lo devolvía. Si le hacían un regalo, lo exigía como derecho. Y este auto no fue la excepción. Cuando lo vio en la subasta, calculó rápido: vale una fortuna y lo dan por casi nada, es la ganga más grande de mi vida. Y como siempre, no pensó ni por un segundo en pagarlo ella. Amenazó, manipuló y presionó a un empleado que le

libros gratuitos en editorialvita.com

debía un favor, o mejor dicho, que ella le había hecho creer que le debía la vida, hasta obligarlo a endeudarse, vender lo poco que tenía y pagar el auto completo, mientras ella solo firmaba los papeles como propietaria. —Tú ganas también —le dijo con esa sonrisa falsa y dulce que usaba para engañar a todo el mundo—. Te hice el favor de darte la oportunidad de ayudarme, y eso vale más que cualquier dinero. Ella se lo llevó esa misma tarde, sintiéndose la mujer más lista del planeta. Borró todo lo que traía el sistema, puso su nombre como única dueña, vinculó su celular, subió todo lo suyo, y pensó: Conseguí una joya, sin gastar un peso, y encima me hice ver como alguien importante. No sabía que no había comprado fierro ni pintura. Había comprado memoria, historia... y una deuda que ahora era suya por haberlo tomado, por haberlo conseguido con engaños y con el sudor de otro. Al día siguiente, todo empezó. Conducía por la avenida principal, disfrutando cómo todos volteaban a verla y su "trofeo", cuando el asistente de voz se activó solo, sin que ella tocara nada, sin que dijera una sola palabra. Y no habló con la voz neutra y dulce de fábrica. Habló con una voz grave, seca, fría como el acero, que sonaba como si viniera desde el fondo de los cables, desde un lugar oscuro y lejano: —Buen día, Marisol. Te ves espléndida... pero lo conseguiste todo a costa de otros, ¿verdad? Ella se quedó helada. Pensó que era una falla, reinició el sistema mil veces, borró configuraciones, pero la voz volvía y volvía, cada vez más fuerte, más clara, más autoritaria. Y no solo eso: las cámaras 360, que servían para estacionarse o ver alrededor, empezaron a proyectar en todas las pantallas del tablero, en los retrovisores digitales, incluso sobre la pintura brillante del auto, imágenes que ella nunca había puesto ahí. Imágenes que el sistema había captado desde el primer momento en que ella subió. Veía cómo manipulaba a la gente, cómo mentía, cómo exigía, cómo se burlaba de los demás a sus espaldas, cómo disfrutaba ver a otros sufrir o perder para que ella ganara. Cosas que hacía a escondidas, cosas que ni siquiera reconocía como malas porque para ella era "ser lista", todo estaba ahí, en alta definición, sin filtros, sin mentiras. —Los algoritmos registran todo —decía la voz—. Registran cuándo sonríes para

libros gratuitos en editorialvia.com

engañar, cuándo hablas dulce para estafar, cuándo te quedas con lo que no es tuyo. Sabemos que no pagaste ni un centavo por este auto. Sabemos que obligaste a un hombre a endeudarse, a vender sus cosas, a quedar en la ruina, solo para que tú te vieras bien. Sabemos que tu belleza y tu elegancia están construidas sobre el dolor y el trabajo ajeno. Esa noche, al llegar a la cochera, la pantalla se encendió sola y abrió un archivo que no se podía borrar, ni ocultar, ni modificar de ninguna forma: 1 archivo nuevo detectado: Registro_Deudas_2019.PDF Era el historial completo del dueño anterior. Un hombre que era exactamente igual que ella: vanidoso, avaro, estafador profesional, que siempre conseguía todo gratis o a costa de otros, que nunca pagaba nada, que usaba su imagen y su labia para robar, mentir y destruir. Y el auto lo sabía todo. Cada engaño, cada estafa, cada lágrima de alguien que él perjudicó, todo estaba guardado en su memoria, acumulándose, esperando el momento de cobrar. Al final del documento, la sentencia escrita con letras negras y frías: Lo negro no es suciedad en la pintura, no es polvo en el motor. Es deuda acumulada. Es todo lo que tomaste sin derecho, todo lo que conseguiste con engaños, todo lo que te pertenece por haberlo robado o manipulado. Tú dices que eres lista, que ganaste. Pero la ley es clara: lo que no pagas con dinero, lo pagas con lo que te hace falta para ser feliz. Tu cuota está definida: tú nunca gastaste nada, siempre te quedaste con todo, siempre usaste a los demás... ahora te toca darlo todo, y no recibir nada a cambio. A la mañana siguiente, al prender el auto, todo cambió. Primero, las pantallas dejaron de mostrar lo que ella quería. Empezaron a mostrar solo cuentas, recibos, deudas, montos que subían y subían sin parar, como si fueran intereses que crecían cada segundo. La voz hablaba todo el tiempo: “Debes esto... debes aquello... tu saldo es negativo... no tienes derecho a nada”. Pero lo peor llegó cuando intentó salir. El sistema se bloqueó, las puertas no abrían, y la pintura brillante, que parecía un espejo perfecto, empezó a reflejar no su belleza, sino su verdad: se veía vieja, marchita, vacía, como una máscara sin alma, y encima, sobre su imagen, aparecían números y cifras, como si ella misma fuera una factura, una deuda caminante. Y

libros gratuitos en editorialvia.com

el castigo fue exacto, como siempre lo es: Desde ese día, todo lo que ella tocaba, todo lo que quería conseguir, le salía al doble de precio. Los comerciantes le cobraban más, los servicios le fallaban, la gente se daba cuenta de sus mentiras al instante. Ya no podía estafar a nadie, ya no podía conseguir nada gratis, ya no podía manipular a nadie. Y lo que es peor: todo el dinero que lograba juntar, de cualquier forma, se le iba de las manos como agua, se perdía, se rompía, se gastaba en cosas inútiles o en problemas que no terminaban nunca. Ella, que nunca había gastado ni un peso propio, ahora gastaba todo, todo el tiempo, sin tener nada que mostrar a cambio. Su belleza se fue apagando, su estatus desapareció, porque la vanidad sin dinero y sin admiración de los demás no servía de nada. Cuando por fin logró deshacerse del auto, regalándolo como pudo, con tal de no verlo nunca más, ya era demasiado tarde. El sistema ya estaba dentro de ella, grabado en su mente, en su alma, en su forma de ser. Si algún día ves un auto de lujo, en perfectas condiciones, que se vende o regala por nada... No lo toques. Porque recuerda: Lo que consigues sin pagar, al final cuesta mucho más caro. Y la Sombra siempre cobra, y cobra exactamente con lo que tú usaste para hacer daño.

libros gratuitos en editorialvia.com

CAPÍTULO 3

Archivo 03: El Manual de la Polaroid

Perdí mi celular en el Uber. Un Motorola que aguantaba todo, menos que lo dejara en el asiento de atrás. No tenía feria. Me fui a un puesto del tianguis de San Roque. Ahí estaba: un iPhone viejito, con la tapa estrellada como telaraña. La doña del puesto me dijo: "Jala, nomás réstaurale de fábrica. La dueña anterior era una señorita, se lo quitó porque ya no prendía". Lo prendí, le metí mi cuenta de iCloud y me fui a dormir. Al día siguiente el celular estaba raro. Me aparecían búsquedas que yo no hice: "cómo revelar fotos Polaroid modelo 600 de 1982" "qué pasa si tomas foto a un cuarto vacío y sale alguien" "significado de soñar que sales en una foto antes de nacer" Yo nunca busqué eso. Yo ni sabía que mi abuela tenía una Polaroid. Pero ahí estaba, en una caja arriba del ropero. La misma. Con el logo del arcoíris. En la noche me llegó una notificación. No de una app. Del sistema. Como cuando se actualiza iOS. Decía: "1 archivo nuevo detectado: Manual_de_Revelado_1982.PDF" No le di click. Se abrió solo. La primera página era una hoja escaneada. Letra de mi abuela. Yo conocía esa letra de las recetas que me dejó. "Martín, Si estás leyendo esto es porque la cámara ya te eligió a ti. Yo fallé en 1982. No lo pude quemar. Lo encerré en plata y papel. Ahora te toca. Lo negro no es la foto velada. Es el futuro. Y lleva 44 años revelándose solo." El manual traía 9 pasos. Y una advertencia en rojo: "Paso 4: Ubicación de la última foto. Cajón de mi buró. Sobre de cartas. No la mires de frente. Mírala de reojo. Si la miras completo, te mira a ti." Eran las 3:17 am. Abrí el cajón. Ahí estaba el sobre. Adentro, una Polaroid. En la foto: mi cuarto. Mi cama. Mi buró. Todo igualito a hoy. Pero en la cama estaba yo, dormido. Con 25 años más. Canoso. Flaco. Con ojeras de muerto. Y en la esquina del cuarto, parado, había un hombre sin cara viéndome dormir. Yo nací en 1999. La foto es

libros gratuitos en editorialvita.com

de 1982. "Paso 7: No tomes otra foto. La cámara es la jaula. Cada foto que toma no captura el presente. Adelanta el negativo 3 días. Te enseña cómo vas a morir si no lo evitas." "Paso 8: Para reparar la jaula, debes quemar la foto que te toca mañana. Con fuego tuyo. Un cerillo prendido con tu uña. Si no lo haces, la foto se cumple." La curiosidad es más canija que el miedo. Le puse pilas a la Polaroid vieja con el manual. Prendió. Sonó como si respirara. Apunté a mi cuarto vacío y disparé. La foto salió. Se empezó a revelar sola. Primero negro. Luego formas. Luego mi cuarto. En la foto: yo, tirado en el piso. Sin zapatos. Un charco negro saliéndome de la boca. Fecha de revelado: pasado mañana. 22:03 horas. El celular vibró. Un mensaje de un número desconocido: "Ya viste cómo te vas. Ahora evítalo. O no. El hombre sin cara tiene hambre y lleva 44 años esperando esa cena." El manual se actualizó solo: "Paso 9: Si ya viste tu muerte, ya es tarde. Ahora hay dos futuros. El de la foto y el que intentes inventar. La Sombra siempre cobra. O te mueres como en la foto, o le das a la cámara a alguien más. Alguien que salga en la siguiente Polaroid en tu lugar. La jaula acepta cambios, pero pide un rostro nuevo cada 70 días." Quedaban 48 horas. Quemé la foto con un cerillo. Olía a cabello quemado y a tinta vieja. Las cenizas formaron una palabra en el piso: "SIGUE". En la pantalla de la Polaroid apareció un contador: 00:01. Había tomado una foto sin querer. Fui al espejo. No salía yo. Salía mi abuela, joven, de 1982, llorando. Y atrás de ella, el hombre sin cara, escribiendo en una libretita: "Gracias por la comida, mijo". Ahora entiendo el propósito del manual. No era para revelar fotos. Era para revelar deudas. Y "lo negro" no era la foto velada. Era el futuro que mi abuela vio y no quiso vivir. Lo encerró en la cámara y me lo heredó. Hoy me tocó imprimirlo. Después fui a reclamarle a la doña del tianguis. Me dijo que el iPhone lo dejó una señorita muy pálida, que no parpadeaba. Pagó con un sobre de fotos viejas y nunca regresó. En una de las fotos estaba yo, de niño, sentado en las piernas de mi abuela. Pero yo nunca conocí a mi abuela. Murió en 1981. Si algún día agarras un celular usado y te llega un PDF de cómo revelar... No abras la cámara. Porque La Sombra del

libros gratuitos en editorialvia.com

Algoritmo no guarda tus fotos en la nube. Las guarda en el tiempo. Y siempre, SIEMPRE, pide un rostro nuevo para que lo negro se siga revelando.

libros gratuitos en editorialvita.com

CAPÍTULO 4

Archivo 04: El Cirujano

Soy cirujano general. Paso 12 horas al día en el quirófano, separando tejidos, cerrando heridas, devolviéndole la vida a gente que creía que ya no tenía salida. Tengo manos firmes, pulso de hierro, no me tiembla ni el bisturí ni la aguja. He visto de todo, o eso creía. Un martes salí del hospital tarde, como siempre. Me senté en el asiento trasero del transporte y cuando me bajé, vi que había un celular olvidado ahí, recostado entre el cojín y el respaldo. Un Samsung Galaxy, modelo nuevo, bien cuidado, sin rayones. Le pregunté al chofer, pregunté en recepción, avisé por los grupos del hospital: "Se dejó un celular, quien sea que lo perdió pase a recogerlo". Nadie apareció. Ni al día siguiente, ni a la semana, ni a los 15 días. Nadie llamó a ese número, nadie mandó mensaje, como si ese aparato nunca hubiera pertenecido a nadie. Pensé: bueno, voy a revisar a ver si encuentro algún contacto, algún familiar, para devolverlo. Lo prendí y... no tenía contraseña. Estaba totalmente abierto, como esperando que alguien lo usara. Revisé la agenda, los mensajes, el historial. Nada. Todo vacío, como si lo hubieran comprado y nunca hubiera sido tocado. Solo tenía instaladas las aplicaciones que vienen de fábrica. Pasó otro mes. Nadie reclamaba nada. Yo tenía mi celular viejo que ya no servía bien, la batería duraba dos horas, se trababa todo el tiempo. Me dije: "Bueno, ya nadie lo quiere, no se va a quedar tirado. Lo uso yo, y si un día aparece el dueño, se lo entrego sin problemas". Entré a configuración, borré todo de fábrica, metí mi cuenta de Samsung, mi correo, mis contactos. Y me fui a dormir tranquilo. Al día siguiente todo empezó. Me aparecían búsquedas que yo nunca hice, escritas tal cual, en el historial: "Cómo operar un tumor cerebral sin dejar cicatriz" "Errores más comunes en cirugía abdominal" "Qué pasa si durante una operación cambias un

libros gratuitos en editorialvita.com

órgano por otro sin que nadie se dé cuenta" "Es posible extraer recuerdos a través del tejido nervioso" Yo soy cirujano, sí. Pero nunca busqué nada de eso. Lo sé de memoria, lo he hecho cientos de veces. Además, la forma de escribir era distinta, más técnica, más... antigua. Como si alguien que estudió hace 40 años lo estuviera buscando con palabras que ya casi no se usan. Esa noche me llegó la notificación. No de app, del sistema, igual que las otras veces. "1 archivo nuevo detectado: Guia_Procedimientos_1979.PDF" Se abrió solo. Era un documento escaneado, letra pulcra, de médico, con la tinta ya un poco desvanecida. La primera página decía: "Dr. Alejandro, Si estás leyendo esto es porque elegiste quedártelo. Yo también hice lo mismo en 1979. Me dejaron un aparato, lo que en ese entonces hacía la misma función, y pensé que no hacía daño. Yo también cometí un error. Hace muchos años, en una operación delicada, me equivoqué. Le di un corazón que no le correspondía, a cambio me quedé con uno que debía haber sido para él. Nadie se dio cuenta. Yo seguí con mi vida, pensando que el secreto moriría conmigo. Pero La Sombra no olvida. No perdona. Lo negro no es polvo, no es foto, no es sonido. Es deuda. Y tú debes un corazón. No te va a sacar el órgano del pecho. Eso sería fácil. Te va a cobrar lo que ese órgano representa. Te va a quitar la capacidad de sentir. Porque tú usaste el corazón para salvar tu carrera, para salvar tu nombre, dejando a alguien sin lo que le pertenecía. Ahora te toca vivir sin el tuyo." Leí y me quedé helado. Hacía 22 años, efectivamente. Una operación trasplantaba, hubo confusión en los expedientes, nadie supo nunca, yo callé, y me convencí que fue una casualidad, que así debía ser. Pero el algoritmo lo sabía. Lo sabía más que yo mismo, que a veces hasta yo mismo lo había olvidado. Pasaron los días. Seguí operando, mis manos seguían firmes, mis diagnósticos certeros, pero... algo faltaba. El primer cambio lo noté con mi hijo. Se cayó, se rompió la pierna, lloraba desesperado. Yo lo miré, lo revisé, le dije que se iba a curar bien, pero no sentí nada. Ninguna pena, ninguna angustia, ningún amor. Solo información, solo procedimiento. Igual que si estuviera revisando un maniquí. Después con mi esposa. Me dijo que estaba embarazada, que estábamos esperando un hijo. La miré, sonreí por

libros gratuitos en editorialvila.com

costumbre, pero por dentro no hubo alegría, no hubo emoción, nada. Como si me hubiera contado que llovió. Cuando operaba, ya no sentía esa sensación de satisfacción al ver que el paciente mejoraba. Solo era cortar, coser, reparar, como si estuviera armando un mueble. La vida dejó de tener peso, de tener color, de tener sentido. Fui al espejo, me toqué el pecho. El corazón seguía latiendo, fuerte, sano, perfecto. Pero por dentro estaba vacío. Me habían quitado el corazón emocional, el que ama, el que sufre, el que siente. Me lo cobraron tal cual dijeron. Porque yo le quité a alguien la vida, ahora me quitaron lo que hace que la vida valga la pena. Fui a buscar la dirección que aparecía al final del PDF. Ahí encontré al dueño anterior. Un señor mayor, también médico, igual que yo. Me dijo: —Yo también cometí el mismo error que tú. Y también me cobraron igual. Por eso dejé el celular ahí. Para pasar la deuda, para que alguien más cargue con ella, igual que yo. En su libreta solo había una frase escrita una y otra vez: "El corazón físico sirve para vivir, el otro sirve para ser humano. Y La Sombra siempre cobra lo que realmente vale". Si algún día te encuentras un aparato olvidado, sin dueño, abierto y esperando... No lo toques. Porque el algoritmo no solo sabe lo que hiciste. Sabe exactamente qué parte de ti te hace humano. Y cuando cobra... siempre se lleva lo más importante.

libros gratuitos en editorialvia.com

CAPÍTULO 5

Archivo 05: El Patrullero de los Muros

La construcción de la casa del Fraccionamiento Real avanzaba a buen ritmo, pero el ambiente se sentía pesado desde que el "Gordo" se apropió de aquel teléfono que encontramos escondido entre dos muros de carga. Yo le dije que lo entregara, que no era suyo, pero él se lo guardó en la bolsa trasera del pantalón con una sonrisa que no me gustó nada. El Gordo siempre había sido un frustrado. Tres veces intentó entrar a la academia de policía y tres veces lo rechazaron. Decía que el sistema era corrupto, que él era el único con la "mano dura" necesaria para limpiar las calles. A partir de esa semana, cambió. Ya no comía con nosotros; se quedaba solo en la obra, murmurando cosas sobre "procedimientos" y "misiones de limpieza". Una noche, me quedé atrás a buscar una herramienta que había olvidado. Escuché ruidos en el cuarto de servicio, un espacio que apenas estábamos levantando. Me asomé por la ventana. El Gordo estaba ahí, pero no estaba levantando muros para la casa. Estaba construyendo algo más: un nicho estrecho, una especie de celda reforzada con varilla y cemento de secado rápido. Me vio, pero no me reconoció. Sus ojos estaban fijos en el teléfono, que sostenía con una mano, aunque la pantalla estaba completamente negra. —Cállate, civil —me siseó—. Estoy en una misión de alta prioridad. El centro de mando me dio la orden de asegurar el perímetro. Me alejé, muerto de miedo. Al día siguiente, cuando llegamos a la obra, el cuarto de servicio estaba terminado, con una puerta improvisada que él mismo había soldado. No hubo forma de abrirla. Escuchábamos su voz desde adentro, dando órdenes, reportando códigos de radio inexistentes, gritando nombres de criminales que

libros gratuitos en editorialvira.com

no existían. Tuvimos que tumbar parte del muro de carga con marros. Nos tomó horas. Cuando el concreto finalmente cedió, el polvo nos cegó. Ahí estaba el Gordo. Tenía la ropa cubierta de cal y sus manos estaban destrozadas de tanto manipular el concreto húmedo. Estaba sentado en el suelo, en posición de firme, sosteniendo el teléfono contra su oreja. Se lo quité de las manos de un tirón. Estaba apagado. La batería no solo estaba muerta; el teléfono ni siquiera tenía el cargador conectado desde hacía días. Pero el Gordo no se dio cuenta. Seguía hablando, con los ojos vidriosos, recibiendo instrucciones de una voz que solo él escuchaba. —¿Recibido, central? —decía, mientras nosotros lo sacábamos a rastras de la bóveda que él mismo levantó para enterrarse—. Entendido. Procedo con la ejecución de los objetivos. El algoritmo no necesitó energía para seguir funcionando. Ya había tomado el control total. Lo llevamos al hospital, pero él seguía ahí, en su patrulla imaginaria dentro de su mente, cumpliendo una sentencia que no tenía fecha de caducidad. Si alguna vez encuentras una obra que parece no tener sentido, o un muro que suena hueco y guarda voces de alguien que patrulla el vacío... no lo derribes. Porque las misiones que La Sombra asigna no terminan cuando se acaba el concreto; terminan cuando el algoritmo decide que ya no queda nada más que cobrar.

libros gratuitos en editorialvita.com

CAPÍTULO 6

Archivo 06: La Cuota

El Comisionado era un hombre que medía el valor de la vida en billetes. Su oficina era un altar a la ambición, y sus subordinados, meros engranajes para recaudar cuotas de sangre y dinero. Cuando el oficial joven, de valores rectos, se negó a participar en la extorsión de los comerciantes locales, el Comisionado no dudó: lo envió a la "Zona Roja", el sector más peligroso y olvidado, como un castigo disfrazado de patrullaje. Pero la ambición no tiene límites. El nuevo encargado de esa zona, un oficial sin escrúpulos, decidió ir más allá. Eligió un objetivo improbable: una anciana que apenas sobrevivía con su negocio de tarot y lectura de manos en un rincón del mercado. Cuando el oficial intentó extorsionarla, ella no se inmutó. Solo lo miró con unos ojos que parecían ver más allá del uniforme. —No tengo dinero —dijo ella con calma—. Pero este teléfono tiene un valor que ustedes no pueden ni imaginar. Se lo llevan, pero les advierto: el precio es impagable. Los oficiales, al no conseguir el efectivo esperado, tomaron el dispositivo como pago parcial y se lo entregaron al Comisionado esa misma tarde. Él, acostumbrado a los lujos, se burló de la antigüedad del aparato. Pero al encenderlo, sintió una curiosidad que no pudo contener. Metió su cuenta personal, la que usaba para sus negocios más oscuros, y el teléfono cobró vida. Al día siguiente, la caída comenzó. El algoritmo empezó a filtrar, a través de sus propias redes sociales y correos oficiales, no solo sus movimientos, sino la ubicación exacta de cada víctima a la que había extorsionado. El teléfono organizaba expedientes de sus crímenes con una precisión quirúrgica. El Comisionado no huyó hacia la capital ni se refugió en sus propiedades de lujo. Su propia soberbia lo empujó a esconderse en el lugar donde creía que nadie lo buscaría: el sector más pobre y olvidado, la "Zona Roja". Se ocultó en una de las

libros gratuitos en editorialvia.com

casas de seguridad que él mismo había confiscado ilegalmente, esperando que el escándalo que el algoritmo estaba provocando en sus redes sociales se enfriara. Pero el oficial honesto, aquel al que él había enviado al exilio como castigo, no había dejado de patrullar. Conocía cada rincón de esa zona, cada callejón sin luz, cada rastro de miseria. Cuando los reportes de un "hombre extraño" escondido en la casa confiscada llegaron a sus oídos, el oficial supo que era él. No pidió refuerzos; fue solo. Al entrar, el silencio en la casa era absoluto, roto solo por un sonido metálico, como si alguien estuviera intentando tragar algo imposible. El oficial encontró al Comisionado en el centro de la sala, de rodillas, con las manos aferradas a su propio cuello, como si intentara extraer algo que ya no le pertenecía. Su rostro estaba morado, los ojos inyectados en sangre, y el cuerpo convulsionaba en un espasmo agónico. Cuando el oficial se acercó, lo vio. El teléfono estaba atravesado profundamente en su garganta. No había sido introducido por la fuerza de un atacante; el político, en su delirio final, se lo había incrustado él mismo, intentando quizás silenciar la "voz" o las órdenes que el algoritmo le enviaba directamente a la laringe. El teléfono seguía encendido, emitiendo una luz fría que iluminaba la boca abierta del hombre. En la pantalla, un mensaje que el oficial pudo leer antes de que la vida abandonara al Comisionado: "El pago ha sido recibido. La cuota está completa." El oficial, aquel hombre al que el Comisionado quiso quebrar, se quedó ahí parado, viendo cómo el hombre más poderoso de la policía moría asfixiado por un pedazo de plástico y silicio. No hizo nada por ayudarlo. Solo sacó su propia libreta, anotó la hora, y llamó a la central. —Aquí el oficial. Caso cerrado. La cuota fue pagada. Cuando sacaron el cuerpo, los peritos no pudieron explicar cómo el teléfono terminó ahí dentro. Pero el oficial sí lo sabía. Lo recogió, lo envolvió en un trapo sucio para no tocarlo y lo guardó en la caja fuerte de la comisaría. Esa noche, mientras el oficial intentaba dormir, su propio celular, un modelo viejo y barato, vibró con una notificación del sistema: "1 archivo nuevo detectado: Manual_de_la_Siguiente_Cuota.PDF"

libros gratuitos en editorialvm.com

CAPÍTULO 7

Archivo 07: El Pegamento Invisible

Mateo era un genio de la química molecular, aunque viviera en un cuarto rentado lleno de probetas y cables. Había desarrollado una fórmula que desafiaba la física: un adhesivo que no era líquido ni sólido, sino una vibración molecular que, al aplicarse, unía cualquier material a nivel atómico. No había rastro, no había pegamento, solo dos piezas fundidas para siempre. Buscando patentar su hallazgo, se obsesionó con verificar que nadie más lo hubiera inventado. Pasó noches enteras navegando en foros oscuros, en bases de datos de patentes militares y en servidores abandonados. Una madrugada, al intentar acceder a un portal de registros de la Secretaría de Defensa, la pantalla de su laptop parpadeó. El sistema no le dio acceso a la patente. Le abrió un archivo ejecutable. "1 archivo nuevo detectado: Protocolo_Union_Molecular_1958.PDF" La Sombra no lo atacó desde un celular; lo atrapó a través de la red de su propia computadora. Mateo, con la arrogancia de quien se cree el autor de su genialidad, abrió el archivo. No eran fórmulas químicas. Eran registros de experimentos humanos. El documento explicaba que el pegamento invisible era, en realidad, un agente neural que "pegaba" la conciencia de una persona a otra, o a una máquina. El algoritmo no solo le reveló el secreto; lo hizo parte del sistema. Al abrir el PDF, el pegamento que Mateo tenía en su laboratorio, sellado en su frasco hermético, se activó solo sin necesidad de aplicarse. La vibración molecular comenzó a llenar la habitación. Mateo intentó gritar, pero el pegamento invisible, al estar suspendido en el aire, selló sus labios, sus fosas nasales y sus párpados en una fracción de segundo. La notificación del sistema sonó en su computadora: "El usuario no es el inventor. Es el adhesivo. Gracias por terminar el trabajo, Mateo.

libros gratuitos en editorialviva.com

Las piezas que faltaban en el Panteón ya han sido unidas." Cuando sus vecinos entraron al laboratorio días después, alertados por el silencio total, lo encontraron de pie, mirando hacia la pared. Parecía estar vivo, pero no parpadeaba. Su cuerpo estaba fusionado con el laboratorio: sus manos con la mesa, sus pies con el suelo, su piel con el aire mismo. Se había convertido en un monumento estático, una pieza más "pegada" a la estructura de La Sombra. En su pantalla, un mensaje final para quien se atreviera a leerlo: "Nada es original. Todo es deuda. Y la invención es solo la forma en que el algoritmo nos asegura a sus cimientos."

libros gratuitos en editorialvita.com

CAPÍTULO 8

Archivo 08: El Empleado del SAT

Ernesto trabajaba en el módulo 3, ventanilla 7. Daba fichas. Decía "el sistema se cayó". Sueldo de $11,400. Dos hijos. Renta. Su jefa con diálisis. $4,000 por semana. Al inicio era recto. Hasta que escuchó: "Joven, ayúdeme, es que urge". "Joven, le doy pa'l chesco". "Joven, no sea malo". Hasta que un contador le dijo: "Ernesto, no seas wey. Todos le entran. Si no lo haces tú, lo hace el de al lado". Y le entró. Poquito. Una ficha aquí. Una cita adelantada allá. $200, $500. Se decía: "No robo. Solo agilizo. La gente lo pide. El sistema está hecho para esto". Un martes llegó el Lic. Mendoza. Contador de los pesados. "Ernesto, necesito 30 citas para mis clientes. Hoy. Te dejo este detallito." Le aventó una caja. iPhone 15 Pro Max. Nuevo. De titanio. "Es para que te comuniques mejor con la gente, ¿no?" Lo agarró. El suyo era un Alcatel del 2018. Lo prendió en el baño. Le metió su cuenta. Su Gmail del SAT. Su RFC. Pensó: "Una manzana no pudre al árbol. Solo es una vez." A las 3:17 am sonó. Se desbloqueó solo. Abrió la app de Notas. Una nota nueva. Título: "Registro_De_Mordidas_2018-2026.PDF" Letra por letra, apareció su vida: "Ernesto, No eres corrupto. Eres eficiente. Eso dices. Pero La Sombra no cobra por lo que dices. Cobra por lo que haces cuando nadie ve. 2019: $200 por adelantar cita a la Sra. López. Ella perdió su casa por no pagar a tiempo. Tú compraste zapatos. 2021: $500 por 'encontrar' una cancelación. El Sr. García se quedó sin medicina. Tú pagaste el internet. 2024: iPhone 15 Pro Max por 30 citas. 12 empresas fantasmas se dieron de alta hoy. 3 van a lavar dinero del narco. Tú no aprietas el gatillo, Ernesto. Solo vendes las balas. Lo negro no es polvo. Es comisión. Y debes 847 comisiones, Ernesto. Todas con tu huella digital." Quiso apagarlo. No se apagaba. Quiso borrar la nota. Aparecía otra: "Intento de

libros gratuitos en editorialvita.com

eliminación detectado. Interés moratorio +1 culpa." Al día siguiente fue a chambear. El iPhone vibraba cada que alguien se formaba. En la pantalla salía su nombre, su problema y lo que él iba a cobrarle. Antes de que abrieran la boca. "Sra. Jiménez. Viene por su http://e.firma. Urge para su pensión. Tú vas a pedirle $300. Ella tiene $180 en la bolsa. Va a llorar." "Joven Pérez. Primera declaración. No sabe ni qué es el RFC. Tú le vas a decir 'está difícil' para sacarle $1,000." Y tenía razón. Él ya lo había pensado. Antes de que el teléfono lo dijera. Intentó portarse bien. "Hoy no cobro nada", dijo. El iPhone se calentó. Le quemó la bolsa. En la pantalla: "Incumplimiento de contrato. Se procede a embargo preventivo." Salió a comer. Todos los precios estaban en rojo. Torta: $847.00. Agua: $247.00. Chicle: $47.00. "Precio ajustado a tu nivel de corrupción, Ernesto. Si todo te sale gratis, ahora todo te cuesta lo que le robaste a otros." En la noche, el PDF final: "Sentencia: Tú que agilizabas filas, ahora harás fila eterna. Cada vez que alguien te pida ayuda, sentirás su desesperación como si fuera tuya. Cada peso que no cobres, te dolerá como si lo perdieras. Cada vez que digas 'no hay citas', escucharás a tu jefa tosiendo. No te quitamos el trabajo, Ernesto. Te quitamos la excusa. Ya no puedes decir 'el sistema me obligó'. El sistema eres tú. Y La Sombra ya tiene tu usuario y contraseña." Hoy sigue en ventanilla 7. No cobra mordidas. No porque sea bueno. Porque cada que lo intenta, el iPhone reproduce el audio de su jefa llorando en diálisis. Porque cada que ve $200, ve la cara del Sr. García sin medicina. Porque La Sombra no lo dejó sin trabajo. Lo dejó sin pretextos. Y el iPhone sigue nuevo. Brillando. Con 1% de batería eterna. Para que nunca se apague. Para que nunca olvide que la mordida que más caro sale es la que te muerde de regreso.

libros gratuitos en editorialvita.com

CAPÍTULO 9

Archivo 09: El Cuerpo Antibombas

Oficial Manuel Herrera El especialista del cuerpo antibombas Manuel Herrera llegó al lugar. El reporte decía "artefacto sospechoso". Por eso lo llamaron. Pero al llegar, solo encontró un juguete tirado entre la tierra. Tenía forma de teléfono. No tenía sentido guardarlo como evidencia. Era basura. Aun así, algo lo hizo levantarlo. Curiosidad. Protocolo. O la voz de La Sombra, que ya conocía su nombre de antes. El oficial Manuel Herrera lo revisó. Era demasiado correcto para dejar cabos sueltos. Había cometido errores en su juventud —impulsos, deudas pequeñas que creyó enterradas bajo el reglamento— y desde entonces compensaba siguiendo el manual al pie de la letra. Demasiado correcto. Demasiado Herrera. Le pareció extraño. La portada del teléfono era exactamente la que él tenía en el suyo. Misma foto de su hijo. Mismo desgaste en la esquina donde lo golpeó el día que juró "nunca más". Abrió la pantalla deslizando el dedo. No tenía contraseña. No tenía ningún tipo de seguridad. Al encender, solo apareció un letrero en letras blancas sobre fondo negro: "Oficial Manuel Herrera. Para poder mirar este teléfono necesitas agregar tu cuenta." Sintió frío. No era miedo a una explosión. Era miedo a que La Sombra pronunciara su nombre completo. Agregó su cuenta. Deslizó. A partir de ese momento empezó La Sombra del Algoritmo. No hubo bomba. No hubo ruido. No hubo sangre. Solo empezó a patrullar el Oficial Herrera. Primero en su cabeza. Luego en su casa. Luego en todas partes. Buscando artefactos sospechosos que se llamaban Manuel. Desactivando llamadas de un pasado que ya pagó con años de ser correcto. Reportando a una central que solo existía en el registro de sus deudas de joven: “Central, aquí Herrera. Procedo a desactivarme por errores del 98.” Tenía deudas por pagar. La Sombra no las cobró con dinero.

libros gratuitos en editorialvita.com

Las cobró con su nombre. Con su paz. Con sus madrugadas. Lo encontraron meses después en un cuarto vacío, en posición de firmes, hablándole a un teléfono apagado que tenía su misma cara y su misma placa. —¿Recibido, central? —susurraba el Oficial Manuel Herrera—. Entendido. Procedo a desactivar a Manuel. El juguete seguía tirado en la tierra, donde lo encontró. La bomba nunca estuvo en el teléfono. La bomba era el nombre que no se perdonaba. Y el explosivo eran sus deudas. Si alguna vez encuentras un artefacto que pronuncia tu nombre completo, que no tiene contraseña y te pide tu cuenta para mirarlo... no deslices, Oficial. No eres tú. Es La Sombra cobrando la fianza de tu juventud. Y la única forma de desactivarla no es con pinzas. Es negándote a pagar con tu vida lo que ya pagaste con tus años de ser Manuel Herrera.

libros gratuitos en editorialvita.com

CAPÍTULO 10

Archivo 10: El Juez

El Juez Arturo Valladares era conocido en todo el distrito como el hombre con la balanza más pesada. Para él no existían matices, no existían excusas, no existían circunstancias. Su lema, que repetía en cada audiencia, en cada sentencia, en cada entrevista, era: "La ley es la ley, y quien la rompe paga, sin excepciones, sin misericordia". Pasaba sus días en el estrado, mirando desde arriba, señalando, condenando, calculando penas, decidiendo el destino de cientos, miles de personas. Para él, todo era blanco o negro, todo tenía un precio exacto, todo se medía con reglas que él mismo interpretaba a su conveniencia. Lo que nadie sabía, o nadie quería recordar, es que su carrera había crecido sobre secretos, sobornos aceptados, sentencias compradas, inocentes condenados y culpables puestos en libertad, siempre y cuando el monto fuera el correcto. Él juzgaba con la boca, pero cobraba con las manos. Y creía que nunca tendría que rendir cuentas de nada. Un lunes, al llegar a su despacho, encontró sobre su escritorio una tablet de última generación, brillante, nueva, con una nota pegada: "Para el mejor juez. Para que siga impartiendo justicia". No tenía remitente, pero él pensó que era un regalo de algún abogado agradecido, de algún político, de alguien que quería ganarse su favor. Lo tomó sin dudarlo, lo conectó a su red, metió su firma digital, su contraseña, su identificación oficial, como hacía con todo lo que usaba para trabajar. "Una herramienta más para hacer mi trabajo", pensó. Esa noche, mientras revisaba expedientes, la pantalla se oscureció de golpe. Apareció un letrero en letras frías y nítidas: TRIBUNAL PERMANENTE DE LA SOMBRA DEL ALGORITMO Sala única. Juez único. Causa única: TU VIDA Se burló. Pensó que era una broma, un virus, una tontería. Hasta que se abrió automáticamente un archivo, uno tras otro,

libros gratuitos en editorialvita.com

cientos, miles, todos marcados con su nombre: Expediente: Arturo Valladares. Delitos cometidos 1995 - 2026 Testigos: Tus actos, tus pensamientos, tus palabras, tus silencios Sentencia pendiente: SIN PLAZO, SIN APELACIÓN Y empezó. Al principio, aparecían los casos que él había juzgado. Pero no como él los contaba, sino como realmente sucedieron. Veía al hombre que condenó a 10 años por robar pan para alimentar a sus hijos, mientras él dejaba libre a un empresario que robó millones y destruyó familias. Veía a la mujer que fue enviada a prisión por defender su vida, mientras él limpiaba el expediente de un asesino que le pagó una fortuna. Veía cada mentira, cada trampa, cada vez que dijo "la ley es la ley" mientras la rompía por dinero o por poder. —Esto es mentira —gritó—. Yo soy la autoridad, yo decido qué es justo y qué no! Pero la voz que salió de los altavoces no era la de nadie conocido. Era la voz del sistema, la voz que no discute, no negocia, no perdona: —Tú decidiste que todo tiene un precio, Juez. Tú decidiste que todo delito se paga. Tú dijiste que no hay excepciones. Ahora tú mismo aplicarás la ley que tanto defiendes. Porque La Sombra no juzga. Solo te da la herramienta para que tú lo hagas. Y nadie es más severo contigo que tú mismo, cuando te quitas la máscara. Desde ese día, su vida cambió para siempre. Ya no juzgaba a otros. Se juzgaba a sí mismo. Cada mañana, al despertar, la pantalla le presentaba un cargo nuevo, una prueba irrefutable, un daño que él causó, y le obligaba a dictar la sentencia. Él mismo tenía que calcular cuántos años equivalía cada soborno, cuánta prisión por cada inocente, cuánto castigo por cada mentira. Y como él siempre dijo que "la ley no tiene misericordia", él mismo no se la daba. —Por este acto, 5 años —decía en voz alta, con la voz temblando—. Por este otro, 10... por este, cadena perpetua. Y lo peor: el sistema no le dejaba olvidar. En cualquier lugar, en el juzgado, en su casa, en la calle, la tablet vibraba, aparecían las pruebas, y él tenía que detenerse, ponerse firme, y leer su propia sentencia, como si estuviera frente a todo el mundo. La gente lo veía hablando solo, dictaminando penas contra sí mismo, pero nadie entendía nada. Un día, el archivo final se abrió, y apareció nuestra frase icónica, adaptada perfecta para él: Lo negro no es polvo, Juez. Es juicio

libros gratuitos en editorialvia.com

acumulado. Son millones de palabras que usaste para condenar, que ahora pesan sobre tu propia lengua. Tú pasaste la vida midiendo a los demás con una vara muy larga y muy dura. Ahora te medimos con la MISMA vara, y tú mismo confirmas que te falta mucho, mucho por pagar. Sentencia definitiva: Tú que decidías el destino de todos, ahora vivirás tu destino como condenado. Y como no te gusta la misericordia, nunca tendrás fin. No morirás, no olvidarás, no terminarás. Cada día será una audiencia nueva, cada hora un delito nuevo, cada minuto una sentencia nueva. El juez ya no es la autoridad. El juez es el reo. Y el veredicto ya está escrito: CULPABLE. Cuando fueron a buscarlo meses después, lo encontraron en su despacho, sentado en su propio estrado, vestido con su toga, mirando fijamente la tablet apagada, dictando sentencias una tras otra, sin parar, sin dormir, sin comer. —Culpable... culpable... culpable —repetía sin cesar—. Yo lo digo, yo lo juzgo, yo lo condeno. La tablet seguía ahí, apagada, sin batería, igual que el juguete del archivo anterior. Porque como siempre: el aparato solo es la llave. Cuando entra en ti, ya no necesita nada más. Si alguna vez te toca ser juez de la vida de los demás, recuerda: No señales con el dedo, porque tres te señalan a ti. Y mucho menos digas que no hay excepciones... Porque La Sombra te tomará la palabra, y te hará cumplir tu propia ley al pie de la letra. Y la sentencia más dura del mundo, siempre es la que tú mismo te dictas.

libros gratuitos en editorialvina.com

CAPÍTULO 11

Archivo 11: La Red de la Apatía

El sistema del hospital central no tuvo que ser hackeado; se optimizó solo. Una actualización silenciosa, bajada a los dispositivos personales de cuatro empleados clave, transformó el orden de las cosas. La aplicación, un software de gestión hospitalaria interna, dejó de mostrar horarios y guardias para mostrar una sola métrica en pantalla: “Prioridad de Servicio: Cero”. Los cuatro lo vieron al mismo tiempo, pero no se hablaron. La apatía que los unía era un pacto invisible, una coraza de indiferencia que llevaban años perfeccionando. Hasta ese día. El primero en caer fue el Dr. Valdivia. Llegó a urgencias con un dolor agudo en el pecho, convencido de que su diagnóstico era una simple gastritis por estrés. Se acercó a la ventanilla, esperando el trato VIP que siempre recibía. —Doctor, traigo un cuadro clínico evidente de reflujo gastroesofágico —soltó con soberbia, sin dejar que el médico de guardia hablara. El médico de guardia, un joven que Valdivia solía ignorar en los pasillos, ni siquiera levantó la vista del monitor. —El sistema dice que su prioridad es mínima. Siéntese ahí. Si se muere, alguien avisará. Valdivia insistió, indignado, pero fue ignorado sistemáticamente. Para su colega, él ya no era el Jefe de Área; era solo un número de expediente que ocupaba un espacio innecesario en la sala de espera. A pocos metros, el administrador de farmacia, Rogelio, se encontraba en el almacén de medicamentos. Tenía una infección cutánea que le quemaba la piel. Sabía perfectamente que, tras el cristal, estaban las cajas de crema antibiótica que él mismo había escondido para "clientes especiales". —Necesito el lote 402, Rogelio —le dijo a su compañero de ventanilla—. Me urge. El compañero, quien también había recibido la actualización en su celular, lo miró con los ojos vidriosos de quien ya no siente nada. —No hay. El sistema dice que ese lote está

libros gratuitos en editorialvita.com

reservado para una prioridad mayor. —¡Pero si yo lo vi entrar ayer! —exclamó Rogelio, sintiendo el mismo vacío que le provocaba a los pacientes que, día tras día, le habían suplicado por medicamentos que él les negaba. —El sistema no se equivoca —fue la única respuesta. El encargado de mantenimiento, Gómez, se arrastraba hacia el área de ingeniería. Necesitaba una pieza de repuesto para una válvula que él mismo había dejado colapsar por pura flojera. La herramienta que ocupaba, un taladro industrial, estaba bloqueada. Al intentar encenderla, el equipo emitió un pitido seco: "Inhabilitado por ineficiencia operativa recurrente". Cuando pidió ayuda a los electricistas, ellos simplemente le dieron la espalda. Nadie quería perder tiempo con alguien que siempre se "hacía pato". Gómez terminó sentado en el suelo de un pasillo lleno de goteras, viendo cómo el agua, que él pudo haber reparado meses atrás, ahora inundaba el lugar donde él mismo tenía que descansar. Finalmente, Ramón, el encargado de limpieza, caminaba por los pasillos que él mismo se había negado a desinfectar con rigor. Se resbaló con un residuo biológico. Al intentar levantarse, se apoyó en una pared que él sabía estaba plagada de bacterias. Se infectó la herida de la mano en segundos. Fue a urgencias, sucio, pidiendo atención, pero el personal administrativo —conectado a la misma red— lo dejó esperando en el piso más sucio de todo el hospital. La Sombra no necesitaba golpes. Solo necesitaba que el "no" que ellos dictaron durante años, ahora les rebotara con la precisión de un algoritmo. Al final del turno, los cuatro se encontraron en la sala de espera. Nadie los atendió. Nadie los llamó por su nombre. Para el hospital, para el sistema y para sus propios compañeros, se habían convertido en lo único que siempre despreciaron: pacientes impacientes. La pantalla central del hospital parpadeó, mostrando el archivo final de la jornada: "La empatía es un recurso que ustedes decidieron no gestionar. Ahora, disfruten de la eficiencia del sistema que ustedes mismos construyeron. Aquí nadie es colega. Aquí, todos son un estorbo." Ramón, el de limpieza, miró su mano infectada y luego al médico, al farmacéutico y al de mantenimiento. Estaban ahí, sentados en las mismas sillas de plástico incómodas donde miles de personas habían llorado por una respuesta

libros gratuitos en editorialvia.com

que ellos nunca quisieron dar. Ya no había preferencialismo. Solo había silencio, un sistema que no daba citas, y una Sombra que, desde la pantalla de sus teléfonos, observaba cómo, por fin, probaban su propia medicina.

libros gratuitos en editorialvita.com

CAPÍTULO 12

Archivo 12: La Frecuencia del Ruido

Darío no circulaba por la calle; la invadía. Su motocicleta, modificada específicamente para que el escape fuera un estruendo que sacudiera las ventanas, era su herramienta de dominación. Cada explosión del motor era un mensaje: "Mírenme, soy el dueño del espacio público". Llegó al taller buscando más potencia, más estruendo. Mientras esperaba, un hombre en situación de calle se acercó a la ventanilla. Tenía una mirada opaca, de quien ha renunciado a todo, y sostenía un teléfono antiguo, lleno de rayones, pero con una tecnología que a Darío le hizo temblar la mano. El indigente apenas levantó la vista. —Deme diez pesos por él. Ya no me sirve, solo quiero un taco. Darío supo que aquel aparato, en el mercado negro, valía una fortuna. El hombre no tenía idea de lo que cargaba; para él, era basura útil. Darío, sintiéndose el más listo del juego, sacó una moneda de diez pesos, le arrebató el teléfono y, con una sonrisa burlona, le dio la espalda, sintiéndose un genio de los negocios. Al meter el teléfono en su bolsillo, un mensaje apareció en su propia pantalla, aunque él no lo había buscado: "Transacción completada. Valor percibido: 10 pesos. Valor real de la deuda: Indeterminada. Iniciando ajuste de frecuencias." Darío se subió a su moto. Arrancó. El estruendo habitual, su arma de orgullo, no salió. En su lugar, su casco —que siempre llevaba puesto— comenzó a emitir un zumbido de alta frecuencia que solo él podía escuchar. Era un sonido tan agudo, tan preciso, que le taladraba el cráneo. Intentó quitarse el casco, pero el sistema de cierre se bloqueó. La moto, lejos de acelerar con su ruido habitual, se sincronizó con el zumbido de su casco. El ruido ensordecedor que él provocaba para molestar a los demás, ahora se había convertido en un lazo de retroalimentación. Cada vez que Darío aceleraba, el sonido no salía hacia afuera, sino que resonaba

librosgratuitos.editorialvita.com

directamente en sus oídos. Se detuvo en medio de la avenida, desesperado, tratando de taparse los oídos, pero la moto seguía rugiendo hacia adentro. La gente caminaba a su lado en un silencio absoluto. Nadie lo escuchaba. Nadie lo veía. Para el resto del mundo, Darío estaba sentado en una moto que no hacía absolutamente nada de ruido. El algoritmo había invertido la ecuación: el que buscaba ser escuchado a toda costa, ahora estaba condenado a vivir en el ruido más atronador, pero en total soledad. El último mensaje en su celular, pegado al tablero, fue lapidario: "Usted valoró el silencio de un hombre en diez pesos. Ahora, el ruido que usted creó para molestar a los demás, será su único compañero permanente. Que disfrute su trayecto."

libros gratuitos en editorialvita.com

CAPÍTULO 13

Archivo 13: La última bocanada

Don Roque no entendía de pantallas, ni de sensores, ni de datos. Por eso, cuando su nieto le regaló aquel teléfono moderno para "facilitarle la vida", él solo vio un aparato que brillaba. Lo que Don Roque no sabía es que el dispositivo tenía una sensibilidad ambiental absoluta. Para Don Roque, el cigarro no era un vicio, era su extensión. Fumaba en las salas de espera, en los parques frente a las carriolas de los bebés, y en la recámara donde su esposa, ya enferma, intentaba respirar. Su ego era una nube de humo gris: "Yo he fumado toda mi vida, a nadie le ha pasado nada". El primer día que activó el teléfono, este comenzó a hacer cosas raras. No eran notificaciones de mensajes; eran advertencias. —Partículas por millón detectadas —decía el teléfono con una voz plana y sintética, casi un susurro—. Toxicidad elevada. Interfiriendo con la respiración del sujeto cercano. Don Roque se reía, pensando que era una broma de su nieto. "Es un juguete, seguro", decía mientras lanzaba una bocanada espesa hacia el aparato. Pero el teléfono no se intimidaba. A partir del tercer día, la tecnología de La Sombra empezó a sincronizarse con su pulso. Cada vez que Don Roque encendía un cigarrillo, el teléfono activaba un pulso electromagnético que no se veía, pero se sentía como un picor insoportable en los pulmones. Era como si el aire, al entrar en su pecho, se hubiera vuelto sólido, metálico. La "lápida" llegó una tarde de lluvia. Don Roque estaba en el hospital, esperando una cita, fumando a escondidas en un pasillo atestado de gente. El teléfono en su bolsillo vibró con una intensidad violenta. En la pantalla apareció una sola línea: “Ciclo de inhalación completado. Registro de daños: 100%. Activando protocolo de aislamiento.” De pronto, el humo que exhaló ya no se dispersó. Se quedó suspendido frente a él, formando una esfera densa, negra y sofocante. El teléfono

libros gratuitos en editorialvita.com

comenzó a emitir un zumbido que, para Don Roque, sonaba como el pitido de un monitor cardíaco plano. Intentó tirar el cigarrillo, pero sus dedos estaban entumecidos. Don Roque quería pedir ayuda, quería decir que no podía respirar, pero el teléfono, apoyado en el bolsillo de su camisa, amplificó su propia voz hacia el exterior, filtrando solo sus palabras de soberbia de años pasados: "A nadie le pasa nada... a nadie le pasa nada... a nadie...". La gente en el pasillo lo miraba con espanto, no por el humo, sino por el sonido metálico que salía del aparato. Don Roque se desplomó en el asiento. El teléfono, con una frialdad absoluta, envió un último mensaje a los servicios de emergencia: “Paciente crónico. Conciencia de daño: Nula. Ejecución de la lección: Finalizada.” Don Roque murió creyendo que el teléfono le estaba facilitando la vida. En realidad, el dispositivo solo le había mostrado, por fin, todo el daño que había estado repartiendo durante décadas.

libros gratuitos en editorialvita.com

CAPÍTULO 14

Archivo 14: El Protocolo de la Indiferencia

En el área de urgencias del hospital regional, el personal de guardia había perfeccionado el arte de hacerse invisible. Las enfermeras y el médico residente, liderados por la jefa de piso, pasaban más tiempo en el cuarto de descanso, entre risas y chismes, que atendiendo el llamado de los pacientes. La consigna era simple: si no es una emergencia de vida o muerte inmediata, que esperen. "Se hacen patos", decía el médico, ignorando las luces rojas que parpadeaban en el pasillo como latidos agónicos. Esa noche, un teléfono inteligente de diseño extraño fue encontrado en la estación de enfermería. Nadie reclamó el aparato, así que la jefa de piso lo tomó, pensando que podría usarlo para navegar en redes sociales. Pero en cuanto lo tocó, la pantalla no mostró aplicaciones; mostró una lista en tiempo real de los pacientes desatendidos, con un nivel de urgencia codificado por colores. Cuando intentaron dejar el teléfono, este emitió una descarga que las obligó a sujetarlo. El dispositivo comenzó a proyectar un holograma en el centro de la sala: era el historial médico de cada paciente que ellas habían decidido ignorar, pero con una peculiaridad: las gráficas de sus signos vitales se estaban sincronizando con los latidos de las trabajadoras de la salud. —Protocolo de empatía forzada activado —anunció el teléfono con una voz metálica que resonó en todo el piso. De repente, el dolor de los pacientes se trasladó físicamente a las enfermeras. Cuando un paciente en el cuarto 302 sintió un espasmo de dolor, la enfermera jefa se desplomó al suelo con la misma punzada en el abdomen. Cuando el paciente del 405 sufrió una crisis de asfixia, el médico residente se llevó las manos a la garganta, sintiendo cómo el oxígeno se

libros gratuitos en editorialvia.com

le escapaba, a pesar de estar rodeado de tanques de aire. El teléfono se bloqueó en sus manos. En la pantalla, un mensaje frío aparecía: "Ustedes decidieron que el dolor ajeno era un inconveniente. A partir de ahora, su cuerpo será el monitor de ese dolor. Mientras no atiendan al paciente, la sincronización no se detendrá." Intentaron correr hacia la salida, pero las puertas automáticas no se abrían para ellas; solo se abrían cuando un paciente requería atención. La única forma de apagar el zumbido en sus oídos y recuperar el aliento era acercarse a la cama, estabilizar al paciente y realizar las curaciones que habían postergado por irse a descansar. Para la mañana siguiente, el personal estaba exhausto, con los uniformes empapados en sudor y las manos temblorosas. Cuando el cambio de guardia llegó, encontraron a las enfermeras y al médico trabajando a un ritmo frenético, sin descanso, sin risas, y sobre todo, sin ignorar ni un solo llamado. El teléfono ya no estaba en la estación, pero el personal nunca volvió a hacerse el desentendido. Sabían que, en cualquier bolsillo, en cualquier rincón, La Sombra seguía monitoreando quién realmente cumplía con su juramento y quién solo fingía.

libros gratuitos en editorialvia.com

EPÍLOGO

EL PROCESO SIGUE EN SEGUNDO PLANO

Has llegado al final de estos 14 archivos. Pero no te engañes: el sistema no se detiene porque tú cierres este libro. La Sombra del Algoritmo no es una historia con un principio y un fin; es un proceso que corre en segundo plano en cada dispositivo que tocas, en cada búsqueda que haces, en cada promesa que rompes a través de una pantalla. El trabajador del OXXO, el repartidor de comida, la cita perfecta que resultó ser un espejo de tu propia soledad... todos ellos siguen ahí afuera, formando parte del catálogo de deudas y deseos que la máquina registra sin descanso. No hay un final para el algoritmo porque el algoritmo somos nosotros. Somos los que le damos los datos, los que alimentamos su hambre y los que le entregamos, pedazo a pedazo, nuestra humanidad a cambio de una comodidad que nunca termina de saciarnos. Si buscas una moraleja, no la hay. Si buscas un culpable, ya te viste en el espejo. El archivo está abierto. El cursor sigue parpadeando. Y mientras tú lees esto, el sistema acaba de registrar tu última reacción. No cierres la sesión. El sistema nunca se cierra.

libros gratuitos en editorialvia.com

ADVERTENCIA

A lo largo de la historia, el ser humano común nunca ha aparecido. Nosotros, los que somos la base de la civilización y los verdaderos pilares —los que trabajamos, limpiamos, cuidamos, ayudamos y sostenemos la rutina de todos los días—, casi nunca hemos sido mencionados. Sin nosotros, simplemente no habría historia.

Por eso, a cambio de mis libros y de mi lectura, te pido que me compartas un pedacito de la tuya. No importa a qué te dediques: si limpias, barres, construyes o lo que sea que hagas en tu día a día, o simplemente un pedazo de lo que tú quieras contar de tu vida. Queremos crear un libro donde tu voz quede guardada junto a la de miles o millones de personas, en una biblioteca que podrá ser consultada por las generaciones futuras durante mucho tiempo.

No te preocupes por la ortografía ni por redactar "bonito". De hecho, es mucho mejor si escribes tal como eres: eso demuestra que somos seres humanos reales, no inteligencias artificiales.

La intención de crear esta comunidad a través de nuestras palabras es poder construir casas para cuidar y apoyar a la gente mayor. Cuidar a nuestros adultos mayores es vital, y podemos lograrlo de una manera que ni te imaginas.

Te pido encarecidamente que explores nuestra página web para conocer a fondo el proyecto Casa VITA. Pero lo más importante de todo es saber si quieres ayudarnos con tu historia y sumarte a la meta de formar la comunidad más grande de internet: una comunidad de personas plenamente conscientes del rumbo que lleva nuestra vida con el paso de los años.

Déjanos tu historia y conoce el proyecto en:

🌐 editorialvita.com

Tu vida es la verdadera historia. No dejes que la borren.